

## 2. La historia como fetiche

(*El Correo*, 29. 07. 2004)

A decir verdad, la concepción nacionalista de la historia (con las tareas que nos encomienda) requiere unas cuantas operaciones tan ocultas como fraudulentas. Conviene, desde luego, eliminar de esa historia todo aquello que desentone del ideal narcisista colectivo o desdiga de nuestros magníficos orígenes. Al contrario, conviene acentuar los hechos que aumenten hasta el paroxismo la conciencia de la afrenta sufrida y nuestra condición acreedora de víctimas. Si la realidad histórica no se adecua al esquema previsto, peor para esa realidad: si no fue así, *debió* haberlo sido y se enmienda lo que haga falta.

No suele repararse tanto en el contrasentido en el que aquí incurre el nacionalismo. Y es que, mientras el recurso a la historia presupone evolución y cambio, eso valdrá para para todos menos para el Pueblo y las instituciones del nacionalista. Si hay que borrar los desvíos y errores del tiempo lineal, es para así recuperar circularmente el tiempo primordial, para repetirlo cuanto sea necesario. Que cambien los otros, los carentes de ese momento fundacional y de un Pueblo originario, pero no nosotros. En definitiva, por lo que concierne al Pueblo del nacionalismo, ha habido historia, pero ya no la hay o no debe haberla. Lo nuestro habrá de ser siempre lo Mismo.

### Un Sujeto persistente

De hecho el primer presupuesto de esa historia es la permanencia de su Sujeto, o sea, de Euskal Herria. No habría derechos históricos ejercidos o demandados por los vascos presentes si no se creyera -o se fingiera creer- en su identidad profunda, por encima o debajo de los siglos, con los vascos prehistóricos. Algo así es lo que pronunció sin ruborizarse hace unos días el lehendakari al conmemorar al rey Sancho de Navarra como “el señor de los vascos”, a saber: que el cielo y la tierra pasarán, pero que Euskal Herria seguirá en su sitio dentro de otros mil años. La continuidad que a lo más sería razonable suponer para las pocas generaciones acunadas por parecidas circunstancias, se extiende a todos los tiempos pretéritos y futuros. Es creencia complementaria, por cierto, de la que en materia lingüística sostiene que el proto-vasco se corresponde más o menos directamente con la lengua vasca moderna.

Pero el paralelismo exige que, así como permanece idéntico en el correr imparable del tiempo el Pueblo Vasco, permanezca también idéntico el Estado Español. Todo cambia salvo nosotros y el agravio que se cometió con nosotros. El lado del Bien requiere que el otro lado encarne siempre el Mal, pues ¿qué sería de nuestra causa como nos quedásemos sin enemigo? De modo que hablamos de sujetos místicos y supratemporales, ajenos del todo a los sujetos reales y temporales, tal como aquel B. de Jouvenel lo expresó: “La Historia se convierte en la novela de la persona Nación”. Tales Entes metafísicos han decidido ya con independencia de lo que decidan sus sujetos actuales. Navarra, por ejemplo, ha resuelto desde siempre por los navarros su pertenencia a la Vasconia eterna.

Naturalmente, la ficción que otorga personalidad humana y vida histórica a esos Entes no consigue disimular la tramoya que la apuntala. Euskal Herria tiene su historia propia más allá de la biografía de los individuos singulares, muy bien; pero no todos los vascos conocen esa historia, el destino inexorable que la guía y los deberes que nos impone a sus portadores. Sólo unos pocos, los nacionalistas, están en su secreto y sólo esos pocos se erigen en intérpretes y administradores de la voluntad histórica de Euskal Herria. Euskal Herria y su historia hablan por su boca, a los demás nos toca escuchar sus veredictos y obedecer sus órdenes. No son los ciudadanos, sino los naturales los que tienen en este punto el protagonismo, porque sólo los creyentes pueden entender la voz de su dios.

### **Seguir siendo lo que se fue**

Si lo histórico vale por sí mismo, se viene entonces a pregonar el castizo principio de que *quien tuvo, retuvo*. Que también puede traducirse así: lo que fue (una institución, un derecho, una norma) *debe* seguir siendo; mejor dicho, hay que presumir que debe ser ya solamente *porque* fue. No es cosa de ponerse a examinar los títulos de legitimidad de tales instituciones cuando surgieron, ni tampoco en el momento en que hoy se invocan para ser restauradas. Ese principio prohistórico transporta ya consigo la última legitimidad, porque es el que otorga su legitimidad a todo. Es la *creencia* en el valor de la historia como creadora y justificadora de derechos.

Ese criterio sirve hoy a menudo para consagrar o rechazar el presente y ese futuro que el nacionalismo nos prepara desde el presente. Será propio de sociedades políticamente primitivas, las que se rigen por un criterio de *legitimación tradicional*, esto es, por el principio de que el fundamento de una institución o el sustento de la autoridad radica en el hecho de

que *así ha sido desde hace mucho tiempo*. En definitiva: para saber qué y cómo debe ser o hacerse, o simplemente *si* algo debe ser o hacerse, váyase a la historia y localícese el hecho, la institución o la norma en cuestión. Con eso basta y nada más hay que buscar.

Para probarlo, bastaría referirse al constante recurso a la historia como la principal piedra de toque de validez de algo. Ahí está el puesto privilegiado que todo nacionalismo concede a la enseñanza de la historia local, en detrimento no sólo de otras materias con mayor impronta crítica y de la historia general, sino de la mera aproximación a la verdad. Por lo que nos afecta, el dictamen de la Academia española de la Historia en el año 2000 no dejaba lugar a dudas: “**A los centros de enseñanza media del País Vasco, asisten alumnos formados en las ikastolas, en las que la historia que se enseña es de contenido parcial y tendencioso, inspirado en ideas nacionalistas favorecedoras del racismo y de la exclusión de cuanto signifiquen lazos comunes**”. Ya ven, minucias... Pero la adopción del punto de vista histórico como criterio legitimador definitivo se echa de ver en políticas tan básicas para la construcción nacional como la lingüística. ¿O se hace otra cosa cada vez que se trata de reponer el término supuestamente más antiguo como el acertado, el topónimo más remoto como el más auténtico? En general, las enconadas discusiones en torno a si algo fue o dejó de ser como lo cuenta el nacionalismo, son otro modo de aceptar el prestigio nacionalista de lo histórico, sea ello en cada caso lo que se quiera. El historiador, que sabe de hechos pasados, queda así elevado a juez acerca de derechos presentes.

Una vez más, la historia se ha convertido en *alguien* y alguien *con capacidad para discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto*. Y, en su nombre, con ayuda del historiador (y a ratos del filólogo y del jurista), actúa el político nacionalista. Todo ocurre como si el pasado nos atenazara sin dejar margen a nuestro propio juicio práctico (moral y político), como si en estas materias las generaciones anteriores hubieran marcado a las actuales su conducta, como si los vivos estuviéramos en deuda de gratitud eterna hacia los muertos. En definitiva, como si la historia misma tuviera derecho a atribuir derechos y a decidir en cosas de derechos...